

## **Preámbulo de un viaje**

**Autor: Manolo Campa**

No me atraen los peligros. No soy aventurero. Las travesías aéreas no están en mi lista de diversiones. El volar es para las aves y ninguna es tan grande y pesada como un avión.

Durante los últimos años mi mujer ha tratado de convencerme, sin lograrlo, de dar un viaje a España. Allá, ella tiene familiares en Galicia y yo en Asturias.

En abril de este año ella encabezó una conspiración familiar para forzarme a dar "el sí" al tour por la península Ibérica. Mis hijos y mis cuñados me tendieron una encerrona y caí en ella: Los muchachos me regalaron una maleta con rueditas para eliminar de mis objeciones el peso del equipaje. Mi cuñado me informó de una oferta de una compañía de aviación, tan barata, que no se podía dejar pasar. Mi mujer fingió indiferencia, y no teniendo con quien argumentar decidí hacer el viaje.

Mi maleta nueva se llenó con los trastos de ella y se convirtió en su equipaje. La mía me la prestaron, era de las que llevan los carteros colgadas al hombro.

Por si hacía frío y para cualquier "emergencia" durante el vuelo o durante situaciones escalofriantes, en tierra, por las montañas, llevé toda mi ropa interior en uso reforzada con más comprada a última hora.

Mi esposa es una fanática del "todo está previsto". Propuso llegarnos al aeropuerto unas seis horas antes de la salida del vuelo para despachar las maletas y escoger buenos asientos en la parte de los "no fumadores", bien alejados de la sección de los "sí fumadores".

Con ella ejerciendo ya como directora del tour y tres de mis nietos de acompañantes, emprendí la complicada aventura de llegar al aeropuerto. No tuve tropiezos hasta que llegamos a aquella maraña de calles entrelazadas.

En los cruces encontré letreros que indicaban diferentes destinos en la misma dirección. Eran tantos los nombres a leer que se impacientaban los que esperaban detrás de mí. Las flechas señalaban hacia el norte y hacia el sur. Los pasos superiores desembocaban en pasos inferiores que

llevaban a parqueos en edificios de cinco plantas con flechas indicadoras en el piso, en las paredes y en las vigas del techo.

En el aeropuerto para ir hacia la derecha se dobla hacia la izquierda. Si se quiere ir al parqueo inferior se toma el paso superior y se empieza a bajar subiendo.

No se paga al entrar... te cobran al salir... y lo hacen sin misericordia. Hay una gatera para entrar con un portero electrónico que se ilumina cuando llegamos a él y emite un sonido como el de una trompetilla sostenida que hace virar la cabeza para notar que nos está mostrando una lengüita que resulta ser el "ticket" con la hora de entrada por el cual nos cobran a la salida.

Dentro del parqueo no encontré sitio disponible y empecé a dar vueltas y más vueltas hasta que en una de ellas me encontré de nuevo saliendo por donde entré... y me cobraron. Volví a entrar por otro lado donde también me recibió otro "robot" con su lengua afuera y la trompetilla. Esta vez pude dejar mi automóvil en el espacio que abandonaba otro que se iba.

En el aeropuerto se respira organización, eficiencia, puntualidad... olor a cigarrillos, a loción para broncearse al sol, y de vez en cuando, a sudor de estibador al final de la jornada en un día de verano.

Los grandes aviones salen todos a la hora señalada. Y para colmo de puntualidad muchas aerolíneas han señalado la misma hora de partida, lo que hace que tengan que hacer cola para despegar.

Despachadas las maletas y escogidos los asientos podíamos regresar a casa... y comenzó de nuevo mi batalla en el parqueo. ¡No me acordaba donde había estacionado mi auto! Todos los rincones me parecían conocidos... di tantas vueltas antes de "posarme" que por todas partes pasé.

Toda la comitiva emprendemos la búsqueda a pie. A la "directora del tour" le duelen los pies porque tenía zapatos nuevos de tacones altos. Con enfado me acusa de "estar siempre en Babia". Las nietas tienen cansancio y el nieto urgencia de "hacer pipi"... todos se impacientan y yo no tengo la menor idea de donde está mi automóvil.

Cuando a toda carrera enfilo hacia un corredor en busca de un lugar para llevar al nieto a desaguar, descubro mi carro. Con un chiflido potente y

sonoro llamo la atención de mi mujer que está algo lejos. Logro lo pretendido y también que se irrite más conmigo.

Sin embargo, el nieto y las nietas, llenos de admiración me piden que les enseñe a chiflar fuerte como acababa de hacer. Sensibilidad femenina lastimada de una parte y capacidad de asombro de los niños de otra... y en el medio, un individuo con buenas intenciones perdido en un complicado aeropuerto moderno.

Ya al timón de mi automóvil rescatado, haciendo todo lo contrario a lo que cría que tenía que hacer, salí de allí sin problemas: subí para bajar; tomé izquierda para salir a la derecha; doblé para seguir de frente y... pagué un montón de dólares por todas las angustias que sufrí dentro de aquella confusión organizada.